

Una Isabel novecentista. Eugenio d'Ors y los Reyes Católicos

Andreu Navarra

La vida de Fernando e Isabel, cuyo prólogo firmó Eugenio d'Ors en 1934, tuvo una vida editorial larga. Con ese título, fue publicada por Juventud en 1982 y 1991. Pero esa presentación era engañosa: cuando el autor editó esta obra, una de las tres partes que constituían *Epos de los destinos* (1943), el libro se titulaba únicamente *Los Reyes Católicos*. El detalle es importante, porque lo que para la casa barcelonesa Juventud era una biografía, en realidad es un panorama orsiano del siglo XV, con unas glosas iniciales que introducen el tema y cinco secciones de igual importancia: una para la reina Isabel, otra para El Gran Capitán, otra para el Cardenal Cisneros y, la última, dedicada a Fernando de Aragón.

La obra fue escrita originalmente en francés, y la publicó Gallimard. En 1932, iba por su sexta edición. Y tampoco terminaba de presentarse como una biografía, aunque figuraba en una serie dedicada a “Vidas de Grandes Hombres”. Lo que era *Ferdinand et Isabelle, Rois Catholiques d'Espagne* era un extenso glosario sobre la segunda mitad del siglo XV y principios del XVI, escrita sin intención historiográfica y con una vocación evidente de convertirse en un peculiar ensayo de interpretación.

El primer franquismo mostró un gran interés por recuperar este trabajo de Eugenio d'Ors, que había nacido bajo el signo de las campañas monárquicas de los círculos de *Action Française*. El 23 de febrero de 1938, Ramón Serrano Suñer instaba a Ors a que completara la entrega del original sobre los Reyes Católicos. En esa carta, el ministro de Gobernación franquista le explicaba a su amigo y protegido que desde el 18 de julio no se había publicado nada reseñable sobre ese tema. Alfonso García Valdecasas, nombrado subsecretario de Educación por Franco y, luego, en 1939, presidente del Instituto de Estudios Políticos, escribía a Ors el 11 de abril de 1938 para contarle que la casa Aldus tenía ya en su poder un original de *Los Reyes Católicos*, pero que esperaban el de *El virre de Goya*. García Valdecasas procedía de la Falange original, la fundada en 1933.

Era, pues, un fascista de primera hora. Ors tardó algo más en ingresar en FET y de las JONS, lo hizo en 1937.

Como fuera, la obra desarrollada en los años treinta por Eugenio d'Ors fue muy bien recibida por las autoridades de la dictadura, incluso antes de que acabara la guerra civil. Finalmente, *Epos de los destinos* vio la luz en una lujosa edición de la Editora Nacional en 1943. Su autor presentaba la obra como una epopeya sobre los Ángeles, es decir, los destinos, de los personajes más importantes de la historia de España. Es por eso que la primera parte, *El vivir de Goya*, se extendía tanto sobre la naturaleza del satanismo y ampliara lo que el Glosador había desarrollado en una de sus obras mayores, también de los años treinta, *Lo Barroco*. Es por eso que *Los Reyes Católicos* era una obra coral y no una biografía al uso, porque repetía en su interior el diseño multiperspectivista del ciclo mayor. Por último, *Epos de los destinos* terminaba con las glosas tituladas *Eugenio y su demonio*, dedicadas a un curioso personaje fáustico, el Licenciado Torralba. El objetivo de Eugenio d'Ors, por lo tanto, no fue tanto construir un relato unitario sobre las vidas de Fernando e Isabel como sí un panorama cultural que desembocaba en la coronación de Carlos I.

A la vez, diseñaba un esquema ultranacionalista de la unión de coronas, decretada por un destino común rastreable en los tiempos de la dominación romana. Situándose por encima de cualquier acercamiento positivista, d'Ors reclamaba para sí las verdades de tipo idealista: su Ciencia de la Cultura le permitía, decía, escudriñar lo más íntimo de la Historia prescindiendo de cronologías y matices procedentes de minucias archivísticas.

Lo más interesante del libro es su espíritu rupturista, que sorprende en una obra originalmente editada en 1943. Porque, en realidad, se trató de un texto vanguardista trasladado a la época más oscura de la cultura española contemporánea. De algún modo, parece que a las autoridades se les escapara un texto tan relativista como el que presentó d'Ors. Naturalmente, esto se debe a que se había escrito casi diez años antes. En primer lugar, sorprende su agudo fragmentarismo, común a cualquiera de las obras orsianas basadas en glosas. En segundo lugar, sorprende su excentricidad: lo primero que narra el biógrafo es su propia visita al sepulcro de los biografiados. Luego se coloca descaradamente como el yo locutivo de la obra, sin ninguna distancia metodológica, para hablar de la muerte y los huesos de la pareja de reyes, contrariando todas las conveniencias del género. En tercer lugar, el escritor se permite una libertad asombrosa: suplantar la voz de Homero en la parte dedicada a Colón (sí, lo han leído bien: nada menos que Homero glosando las hazañas de Colón), o escribir partes de la obra en verso, imitando los tonos de la poesía de cancionero.

Después, durante todo el libro, lanza ideas muy desmitificadoras. Sobre la Conquista de Granada, escribe: “En sí misma, esta capitulación fue, con todo, menos limpia que la camisa nueva”¹; porque se trató de una negociación y no de un asalto heroico, y porque todo salió bien gracias a que el rey Boabdil vendió a su gente traicioneramente.

En general, puede decirse que se trata de uno de los libros más barroquizantes de Eugenio d’Ors, que llevó al extremo su pasión por la escritura oscura, entrecortada y conceptista. Desde las primeras glosas ya nos vamos dando cuenta de que el libro está muy lejos de idealizar a Isabel y Fernando:

Esposo y esposa. Él dio arquetipo a Maquiavelo. Ella regateó constantemente al esposo beso y confianza, poder y procura. Fueron esposos, como el suegro es padre, o la cuñada, hermana. Fueron “esposos *políticos*”. En la vida como en la muerte. (...) Huesos áridos, huesos políticos. Historia de políticos, la que yo cante, tiene la obligación de ser historia árida².

Lo escribo porque se sigue leyendo en manuales que la pareja real era un modelo de enamoradísimos amantes. El tono general puede recordarnos más a Quevedo que al d’Ors de sus primeros glosarios.

La de Ors era también una mirada nietzscheana, amoral, como la que el filósofo alemán dedicó a los Borgia: “Nuestros héroes no se moverán nunca por una vocación de dicha, sino por una vocación de mando”³. En la séptima glosa del libro, el autor construye una “visión” que eleva a símbolo de la trayectoria entera de la Reina Isabel: a cinco leguas de Zamora, la protagonista cae del caballo con tan mala suerte de ir a parar a un montón de estiércol. Durante el resto del libro, d’Ors recordará la imagen de la “Reina Lavandera”, la de una monarca obsesionada por limpiar su ropa. Y, de paso, limpiar también España: de clero corrupto, de nobles turbulentos y de fronteras interiores. La Isabel que imagina Ors es una regeneracionista, una “cirujana de hierro” que blande una escoba y arroja hacia afuera todo atisbo de multiculturalidad. No olvidemos que Isabel instauró la Inquisición y conquistó Granada. D’Ors traza una broma elevada a la categoría de alegoría, pero sabe muy bien lo que está diciendo. Está escribiendo en un momento (1934) en el que la derecha española está buscando un espacio para sí misma y se está preparando para arrojar a la república y a los republicanos.

¹ Eugenio d’Ors, *La vida de Fernando e Isabel*, Barcelona, editorial Juventud, 1991, p. 76.

² *Ibid.*, p. 13.

³ *Ibid.*, p. 14.

El autor opera, como siempre, en dos niveles: en la Anécdota, la reina no aparece muy idealizada, puesto que la dibuja manchada de estiércol. Pero, en la Categoría, la eleva a mito fundacional y representativo del Estado español: “Sigue la Reina de rodillas. La media, el pie, las manos han sido lavadas ya. ¿Qué va a asear ahora? ¡Ved, oh prodigio! La Reina está aseando España y toda la historia de España”⁴. El ideal higienista de siempre propio del regeneracionismo autoritario. Y esto incluye tanto a la roña de su tiempo como la del futuro, en un calculado anacronismo:

¡Cuánta mugre! Mugre de prehistoria, mugre de iberismo fiero, pulgas y piojos de la pelliza pastoril de Viriato. Y sangre: la de los niños de Numancia, acuchillados por sus madres. La de los sacrificios fenicios en los altares gaditanos a los dioses impuros. La que soltaba la carne cruda que los vándalos de Andalucía maceraban con sus nalgas desnudas sobre la grupa del caballo. La de las siete cabezas trucas de los Infantes de Lara. La de los Comuneros de Castilla, la de tantos herejes despellejados. Y la de tantas procesiones de flagelantes. Y la sangre impura de tanto moro, morisco y judío y gitano. Y la pintada en el Carro de las Cortes de la Muerte. Y la de los malos Cristos, que el mal imaginero no regatea. Y la de los muertos cínicos, que han salido de las tumbas, con su podredumbre y sus gusanos. Y la roña de toda la picaresca. Y la baba de los enanos de Velázquez. Y la lepra de los mendigos de Murillo. Y la de las brujas de Goya. [...] La Celestina y Quevedo. Los Empecinados y los cabecillas. Y los bandidos de Cataluña y los bandidos de Sierra Morena. Y los toreros y los banderilleros y picadores. Y Agustina de Aragón, heroína de la Independencia, y Mariana Pineda, heroína de la Libertad. Y la quema de los conventos y la violación de sepulturas en 1854. Y las caricaturas de *La Traca* y las obscenidades anticlericales de *El cenorro*. Y toda la miseria escrofulosa de los cursis de Pérez Galdós y los cesantes de Luis Taboada y de los paletos del pintor Gutiérrez Solana [...] Estiércol de los siglos, estiércol de España⁵.

A todas estas realidades representativas de la irracionalidad española, d’Ors opone la ilustración, la limpieza y la administración estatal, centralizada al fin, de la reina. Está dibujando la España limpia y bien administrada, cultural y centralista (y racista, añadámoslo) que deseaba en el momento de escribir el libro. Una España opuesta a la cuajada de cucos y bandoleros, sucia, brutal y turbulenta de siempre. Limpia también de liberalismo, naturalmente. Concluye: “Su cetro es también una escoba”⁶.

Para Fernando reserva un papel muy distinto, mucho más modesto y reservado: el del hábil diplomático. El de un hombre preocupado por la política exterior que

⁴ *Ibid.*, p. 20.

⁵ *Ibid.*, p. 21.

⁶ *Ibid.*, p. 22.

redescubre el sueño del Imperio Romano de Occidente. También juega al anacronismo con él, y lo imagina como un ministro ante una mesa llena de teléfonos.

No era una novedad el odio que Eugenio d'Ors profesaba para todo lo que tuviera que ver con el siglo XIX, el siglo de las bullangas, las revoluciones, el peligroso populacho, el positivismo y los chistes del dramaturgo catalán *Pitarnu*. Así como, en catalán, se había dedicado a fustigar la ramplonería catalana entre 1906 y 1920, desde su segunda patria hacía lo mismo y consagraba a la Reina Isabel como otra Teresa, la Ben Plantada, pero representativa de la energía castellana. Afirma este parentesco en la glosa decimoprimerá del libro. Pero no dice que Isabel sea la *Ben Plantada* (“Si Isabel la Católica hubiera sido la *Ben Plantada*, probablemente se hubiera entendido mejor con su marido”)⁷, lo que deja claro es que su apetito de orden y limpieza es idéntico al de la figura catalana. Eugenio d'Ors convierte a Isabel I en una reina novecentista.

El programa imperial que ve en la política de los Reyes Católicos es la misma que imagina para la España de su tiempo:

De lo que la palabra Administración quiere decir, de su riqueza de posibilidades, cabe afirmar que España había perdido casi totalmente el sentido, desde la época romana. Administración es complejidad, regularidad, previsión, automatismo perfecto. Una planta así no se da espontáneamente en ninguna parte, antes necesita un cultivo forzado⁸.

Porque esa planta es fruto del intervencionismo político. Y concluye: “La fórmula de los Reyes Católicos, que había sido la de Roma y fue más tarde la de Francia, consistió en la centralización”. Lo resume a través de una paronomasia: “*Consejos* en lugar de *Concejos*”⁹. Se impulsó una gran Reforma que permitió, partiendo de un territorio dividido y devastado, empezar a soñar con un Imperio.

Curiosamente, desde 1921, Ortega y Gasset venía recomendando la descentralización administrativa del Estado. Y durante la dictadura de Primo de Rivera reflexionó también sobre la evolución política del Imperio Romano, que se salvó de unas cuantas decadencias cediendo poder a las periferias (lo hizo en *El Espectador VI*, de 1927). Ors y Ortega, de nuevo situados en los reversos opuestos de una misma moneda.

El Glosador también detestaba las políticas flojas, el relajamiento moral, que relacionaba con la dispersión romántica. Recordemos que, para d'Ors, Barroco y Romanticismo eran la misma cosa, y barroca y decadente era la corte de Enrique IV,

⁷ *Ibid.*, p. 23.

⁸ *Ibid.*, p. 78.

⁹ *Ibid.*, p. 79.

padre de Isabel. Por esta razón explica el “asco” institucional por la mugre y los refinamientos que preside, según él, toda la actividad pública de la reina, por oposición a los desórdenes y las debilidades de lo que observó siendo niña. Para d’Ors, el cultural y poco viril Enrique IV es “El rey barroco”¹⁰. También opondrá la virtud isabelina a los manejos del valido Beltrán de la Cueva.

Aporta algunas ideas novedosas, modernas para su tiempo: por ejemplo, considera que la Inquisición es un “precoz ensayo de regalismo”¹¹, o intuye que el vaticanismo a ultranza de los monarcas españoles constituye una particular expresión de la Reforma europea¹². Siendo Eugenio d’Ors un intelectual antimoderno, traza los rasgos constitutivos de una política muy escorada hacia la extrema derecha, pero a través de técnicas e ideas rupturistas. Una estrategia que lo convierte en el más importante pionero del fascismo en territorio español.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 37-41 y 49.

¹¹ *Ibid.*, p. 181.

¹² *Ibid.*, p. 176.